

SEXUALIDAD

AÑO II. NUMERO 49.

Precio: 25 céntimos

25 DE ABRIL 1926.





Hotel Florida Madrid

Doscientas habitaciones,
todo confort
e higiene.

El mejor situado y
más económico de
los hoteles modernos

GRAN VÍA = Plaza del Callao

Antonio Ardid

PNEUMATICOS

y

accesorios para automóviles

Génova, 4.-Madrid

SEXUALIDAD

REVISTA ILUSTRADA DE HIGIENE SOCIAL

El fin que nos proponemos es la preservación de las enfermedades evitables y el desarrollo de la educación física como salvación a nuestra juventud

Se publica los domingos

DIRECTOR
DR. NAVARRO FERNANDEZ

REDACCION Y ADMINISTRACION
Alcalá, 53.—MADRID
Teléfono, 27-61 M.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Trimestre..... 3 pesetas
Semestre..... 6 »
Año..... 10 »

“NARCISISMO”

La preponderancia genésica que a la hembra corresponde y que permanece más ligada a su finalidad de propagación de la especie pertenece al influjo inmediato de la actuación física en armonía con la finalidad sexual. Esta es desigual en los dos sexos, y aun en el propio sujeto varía en las diferentes etapas de su vida, razón por la cual, la preponderancia genésica queda fija en el propio sujeto, según esa misma preponderancia sexual.

El equilibrio sexual es difícil de mantenerse durante toda la vida del sér. Sin llegar a la fisiología patológica, donde hemos de estudiar las perversiones como profilaxis de los vicios, que impide la propagación de la especie, hemos de analizar virtualmente las primeras formas benignas de la preponderancia genésica que constituye el «Narcisismo». Es de gran importancia diferenciar y fijar bien esta armonía genésica en los dos sexos, puesto que tanto existe en el hombre como en la mujer. Pero en ésta es mucho más común, siendo bien fácil de explicar esta egolatría por haberse vinculado en ella la belleza, cuyos destellos fueron patrimonio por muchos siglos del genio artístico.

Este rasgo en la modalidad femenina constituye, por lo tanto, una forma fundamental en su naturaleza sexual.

Consiste esta desorientación sexual «Narcisista» en la adoración de sí mismo por el propio sujeto, en fuerza de hacerlo todos los demás. En el sexo femenino conduce fatalmente a la coquetería, que teniendo por base el adorno personal, busca con afán el suscitar la admiración, atraer la atención y escuchar los elogios que le han prodigado las artes y las letras. En las circunstancias de la vida moderna, que en las sociedades civilizadas siguen su curso de transformación natural, han hecho mucho más complicada la lucha por la existencia, y la mujer, queriendo emanciparse de la protección del hombre, se ha lanzado a vivir por cuenta propia, rebelándose contra ese estado de verdadera subordinación moral y suspirando por conquistar los derechos y prerrogativas sociales, que han sido un movimiento de protesta, como tantos otros acentuados en nuestros días, invocando el derecho de reivindicación.

Dr. Navarro Fernández.

Higiene social

La moral moderna

Realmente, jamás creímos que pudiésemos actuar de moralistas. Ante todo médicos, el problema nos parecía de preservación social. Había dos caminos: el de inhibirnos encubriendo las lacras humanas producidas por dislacerantes lesiones, o salir abiertamente a ese palenque los hechos basados en la ciencia recogidos en estadísticas, punto de partida para conseguir sacar consecuencias prácticas. Nosotros creemos hacer un bien a la Humanidad en sus dos aspectos: de higiene social en la familia, y del individuo. Nunca creemos debatir sobre moral. Lo hacemos en defensa de la salud física y moral de la juventud, porque divulgando ideas, difícilmente se encontrará quien caiga en las nebulosidades de la corrupción. Por eso queremos huir también del achabacamiento de la pornografía y de la sensualidad, en la cual el joven da sus frutos tempranos, malgasta su vigor, derrocha su virilidad en un instinto sexual estéril, llevándole algunas veces por los falsos caminos de las desorientaciones del amor fisiológico. De aquí nacen las aberraciones sexuales, tan extendidas hoy, y que las familias soportan en silencio cuando un joven se descarria en el amor por falta de educación del instinto sexual. Las lamentaciones familiares no se exteriorizan, y quedan en el secreto las perversiones o inversiones del instinto. Nuestra misión va encaminada a la conservación social, por amor a la juventud y a la infancia, poniendo nuestra preocupación en la salud de la especie, procurando terminar con la compasión que inspiran jóvenes que parecen hombres en plena senectud, contrahechos por las lacras, y estigma que deja en el rostro el vicio, con el cuerpo gastado y

el espíritu abúllico. Estos son los ideales por los cuales hemos de insistir en la importancia vital de una cruzada nacional, en la que el moralista, el médico y el pedagogo vayan unidos para la terminación de esas enfermedades sociales. En el orden jurídico existe una figura de delito; en el orden doctrinal, un problema social. Sentimos la realidad para darnos cuenta que estos primeros pasos en España deben darse con la más exquisita corrección de estilo en la frase y en el concepto, y la más absoluta prudencia para la divulgación. Pero ni aun en este terreno debe ser posible la abstención ante el peligro común. La decencia personal ni colectiva no puede oponerse a este peligro para todos. Ciertos estamos en creer que a algún Gobierno será posible convencerle y hacerle ver la necesidad de adoptar la legislación de los países escandinavos. No le faltará a este Gobierno la asistencia pública necesaria para legislar. Los primeros ensayos en nuestra patria han hecho que se sumen en esta obra redentora los médicos, los maestros de instrucción primaria, secundaria y universitaria; los pensadores más ilustres de la Iglesia; las mujeres, que representan la ternura de la maternidad, y cuanto de cultura existe o tiene relación o influencia con la juventud.

Por nuestra parte, modestos y humildes, sólo pusimos al frente de nuestros esfuerzos un ideal, sintiendo que espíritus frívolos no crean en la moral moderna, basada en la salud, y que tiende sólo a forjar al ser humano más consciente para él y para sus semejantes. **Orraván.**

CONTRA EL CURANDERISMO.— COMENTARIOS A UNA SENTENCIA

Nuestros colegas suizos están asombrados de la enorme publicidad que se viene

haciendo en favor de un curandero condenado últimamente por el Tribunal de Policía de Lausana a una multa de 500 francos y las costas, por ejercicio ilegal de la Medicina.

El reclamo intenso y gratuito que se ha hecho este personaje al relatar con extensión desusada en todos los diarios los episodios de su proceso le han convertido en hombre célebre, y ahora ve afluir la clientela y el dinero a su despacho, hasta el punto de suscitar la envidia de los médicos ginebrinos, que han dejado de ser consultados por los enfermos de Lausana.

Es cosa de preguntarse si un proceso de esta índole no debiera verse a puerta cerrada. Porque el desfile de testigos certificando la curación de sus males por un curandero, aureola a los delincuentes con una publicidad buena y fructífera.

Los médicos suizos creen que el interés general demanda la celebración de estas vistas a puerta cerrada, exactamente lo mismo que se juzgan los delitos contra las costumbres.

Y como los testigos se ponen de parte de los curanderos, otra pregunta cabe formular: ¿Tienen razón los Tribunales en condenar a los curanderos? Para nosotros no tiene duda. Desde el momento que la ley exige el título de médico para curar enfermos, nada más justo que castigar a los que curan sin diploma. La cuestión no es ¿vuestro método es bueno?, sino ¿está usted en regla con la ley? Lo mismo que la autoridad se mete con los que ejercen un comercio sin pagar contribución, está en el deber de infligir una penalidad a todo aquel que practique el arte médico sin tener derecho.

Sobre esta cuestión de los médicos, de los empíricos y del monopolio médico ha escrito el doctor Sendral un notable artículo en «Le Concours Médical», discutiendo los puntos siguientes:

Primero. ¿Es justa la ley al exigir el título de doctor para practicar la Medicina?

Nuestro colega establece que la ley no ha sido hecha por la «bonita cara» de los médicos. Es la sociedad la que ha sentido

la necesidad de protegerse, por haberle demostrado la experiencia que la Medicina libre es desastrosa. Los excesos de los charlatanes han obligado a la sociedad a exigir garantías. El diploma de médico la pone a cubierto de una nube de gentes desaprensivas que, de no ser así, explotarían la credulidad pública.

Segundo. ¿Puede admitirse que gente sin título tenga capacidad para curar?

Los que minan el terreno del médico son generalmente curanderos que especulan con un poder milagroso, del cual pretenden estar en posesión; poder oculto, misterioso, sobrehumano, del que se sirven voluntariamente, usando una jerga esmaltada de locuciones científicas. De prestarles crédito, los francotiradores de la Medicina curan casi todas las enfermedades. No necesitan averiguar cuál es, ni conocer su nombre, puesto que tienen la panacea que las cura todas. Si los empíricos no lo curasen todo, necesitarían saber Patología, para distinguir los casos que entran en la esfera de su influencia y aconsejar a los enfermos que vayan a otra parte, si la enfermedad que les aqueja no es de su competencia.

El doctor Sendral propone que a estos «cúralo-todo» se les llevara a una sala de hospital, ordenándoles que curen a todos los enfermos. Si tuvieran éxito, prestarían un gran servicio a los enfermos que calificamos de incurables por carecer de la potencia curativa del curandero. Si fracasase, a la cárcel con él, por estafador.

Si el empírico declara que su «truco» no lo cura todo, es cosa de exigirle los límites de su poder.

Tercero. ¿Tiene interés el Cuerpo médico en que se mantenga el monopolio?

¿Qué sucedería si el ejercicio de la Medicina se declarase libre? Presenciaríamos en seguida un florecimiento insensato de curanderos. Al principio, les acompañaría el éxito. ¿Puede tanto la sugestión! Y el Cuerpo médico sufriría el contragolpe; pero no pasarían dos años, y el público, decepcionado, reclamaría el control de los médicos. El doctor Sendral ha planteado a sus amistades esta cuestión: ¿No cree

usted que debía dejársele ejercer la Medicina a todo aquel que se crea capaz de curar? Pues bien, aunque parezca sorprendente, esta pregunta no ha encontrado opinión favorable en el público «neutro». Las respuestas favorables procedían de personas que podían tener interés inmediato, por creerse con aptitudes médicas (clérigos, enfermeras, masajistas, etc.).

El Cuerpo médico saldría engrandecido de la prueba de la Medicina libre. Sería su suerte. Los jóvenes se creerían dispensados de seguir estudios duros y costosos; dejaría de haber plétora en la carrera, y tras un breve padecer, le tocaría pasar las amarguras al público, por la escasez subsiguiente de médicos. No nos costaría gran trabajo demoler la concurrencia de los «médicos aficionados». El último de los médicos haría milagros en comparación del curandero, y el público se apercibiría de la diferencia. La sensibilidad de la gente está enmohecida por los beneficios de la ciencia, y no los apreciará en su justo valor hasta el día en que se vea privada de ellos, después de haberlos gustado. Pero el ensayo sería demasiado inhumano. Nuestro honor no nos permite reclamar esta prueba, que el público, por otra parte, no aceptaría.

DIVULGACION CIENTIFICA.—VENTAJAS DE LA EDUCACION EN LA ENFERMEDAD DEL NIÑO

En la enfermedad como en la salud se conoce la educación que se ha proporcionado, lo mismo al hombre que al niño, en estado de salud.

Es cierto que las maneras distinguidas y educadas se notan en todos los sitios, incluso en los momentos de padecimiento en el lecho a que la enfermedad sujeta.

Pero la trascendencia de este enunciado es mayor que la que se le da en apariencia, y llega hasta significar la preparación del espíritu en el sentido de someterse de buen grado a las disciplinas y prescripciones precisas para conservar la salud y cultivar el deseo de disciplina para cuando llegue la enfermedad, y someterse de buen grado a la férula y mandato del médico

discreto, soportando con paciencia el mal.

Pero esta virtud de saber ser enfermo, que no todos poseen, en cuyo caso se cambia por el estado de ánimo en la enfermedad de protesta por encontrarse incapaz y desvalido, contra la dolencia, contra el médico y contra la medicación, por no abreviar con acelerada rapidez aquélla y por no conseguir la salud cuando se desea, es una de las facetas de la educación equilibrada y ponderada para soportar el dolor.

Y esto, que tiene mucha importancia en el adulto, la adquiere en grado sumo en el niño ya desde los cinco años, en que es preciso enseñarle a obedecer y acostumbrarle a prácticas en salud de un modo metódico y continuado que, además de beneficiarle de momento, pueden servir al enfermo para vencer sus resistencias naturales siendo niño a dejarse reconocer, explorar y medicinar.

Todos sabemos lo peligroso que es para un niño el estado de franca rebeldía y de temor ante el médico siquiera éste sea sumamente cariñoso, y es peligroso, primero, por lo irritable (cuando esto ocurre) del sistema nervioso, siempre susceptible, y que nada favorece la enfermedad, y segundo, porque coarta, dificulta y aun impide a veces, por mucha habilidad que tenga el médico, hacer lo necesario para un buen diagnóstico.

La debilidad paterna es bien amarga cuando un niño, al que no se le ha acostumbrado a obedecer, enferma, pues entonces, aunque se quiera hacer valer la autoridad, se quebrará ésta por no significar ya nada.

Y entonces las luchas y dificultades para hacer tomar al niño medicinas y dejarse explorar, ante el cual no sirven súplicas, mimos, amenazas ni concesiones.

Acostumbrado el niño a obedecer, en salud, hacerle enjugar la boca después de las comidas, enseñarle a hacer gargarismos, enseñar la lengua siempre que se mande, dejarse explorar la garganta sin protesta, reconocer su vientre, a bañarle, o tomar una purguita sin chistar, acostarse cuando se le mande y comer cuando y lo que se permita y convenga al niño.

Así como también acostumbrarle a oír hablar del médico en familia, no sólo con respeto, sino también con cariño, para que si alguna vez enferma, lo vea con alegría y esperanza, como un amigo que le va a sanar y no como un ogro u hombre destinado a hacerle miedo.

Cuántas veces, de la docilidad del niño y del dulce tratar del médico, depende la salud del enfermito.

La educación, pues, además de hacer a un niño correcto moralmente, le da además la resistencia moral un ánimo tranquilo, tan preciso en la enfermedad.

Conveniente asimismo para después, con el fin de formar el alma de temple capaz de luchar con las contrariedades y molestias inherentes a la vida cada vez más espinosa de la humanidad.

Deben los padres de meditar lo muy interesante de estos consejos, como ya ellos lo saben muy bien, y comprender que su amor al hijo debe prever el momento en que sus claudicaciones y el pasar por todo, en salud pueden significar el albur de perderlo en la enfermedad.

La educación, pues, en definitiva, es precisa en el niño, desarrollando su obediencia y ejercitándolo en hacer todo lo que el médico pueda mandarle cuando esté enfermo, y que tantas resistencia proporciona al médico.

Doctor Roncal.

DIVULGACION CIENTIFICA. — MORIR ES SOLO TRANSFORMARSE

La existencia es el bien más preciado de los seres vivientes. Por conservarla se afana el hombre en su constante luchar con el medio que le rodea, huyendo de mil peligros que le amenazan, y procurando allegarse los múltiples elementos necesarios para sostenerla. Por no perderla realiza infinidad de actos defensivos el instinto de conservación en los irracionales, y aun las misteriosas leyes fisiológicas en el rudimentario organismo de los seres inferiores, y en el de los pertenecientes al reino vegetal.

La vida es siempre y para todos, sin duda, muy amable.

De esta universidad, del apego a la vida, igual en racionales e irracionales o simplemente orgánicos, sacamos una consecuencia: la de que no reside dicho amor sólo en el alma, ese privilegio que los humanos nos hemos adjudicado, puesto que también se manifiesta en los seres que no la tienen y que están constituidos sólo por una materia viva organizada.

Es, pues, esta materia viva organizada la que resiste a sufrir el tránsito a materia inerte a la hora de morir, la que se revela contra el principio de la circulación y conservación de la materia y energía, pugnando por escapar de ese cerrado marco de hierro, que no puede romperse, donde sin cesar se agitan en perpetuo movimiento los principios constitutivos de todos los cuerpos, y que inspiró a cierto filósofo español, elocuente y poeta, estas palabras: «Verdad, y verdad perfectamente demostrada, no metáfora más o menos bella, es asegurar que el suelo que huella nuestra planta, tal vez es polvo de generación pasada, y quién sabe si transcurridos algunos siglos, que eras son en la vida del Universo, nuestra materia llenará los huecos que se abren a nuestros pies.»

Sí; además del amor que podamos tener a la vida, por cuanto se refiere a nuestra parte espiritual, suprasensible, sentimos otro no menos intenso, quizá más apacible por nuestra propia materia, por la sustancia que forma nuestros miembros, nuestro rostro, nuestros órganos todos, cuya función nos proporciona comodidad, placer y utilidad siempre.

Ellos son muy nuestros en virtud de título de propiedad a ningún otro comparable, y nos horroriza la idea de perderlos, entregándonos a un proceso de espantosa descomposición en la que vernos voraces y repugnantes juegan el papel primordial. Jamás entregará de buen grado sus carnes nacaradas y tibias a la fatal transformación de la materia la bella cortesana que la misma con fervoroso fervor, valiéndose de mil artificios de droguería para conservar sus encantos; el tosco trabajador, que amparado en la fuerza de sus músculos, de ella vive y se sustenta, ha de sentir por

su cuerpo, único bien que posee, verdadera veneración; el atildado aristócrata, que entre bayos, masajes y perfumes, deja deslizarse la molicia de su vida elegante, envuelto siempre en ricas pieles y ricas modas, es idólatra de su cuerpo, según lo definiendo de toda impresión externa que pudiera serle nociva.

Todos, en fin, sentimos íntimo afecto por este armazón, material que constituye nuestro ser visible y sirve de continente a nuestra propia alma, dándonos, al conjuntarse ambos elementos, la categoría de seres vivos.

Ahora bien; distingamos: ¿es objeto de este error la materia en sí, o lo es tan sólo la «forma» en que se nos ofrece agrupada?

Indudablemente, es lo segundo, por cuanto la persistencia de la «forma», no obstante los incesantes de materia, es la característica que mejor distingue los seres vivos de los inertes, hasta tal extremo, que perder la «forma» es morir. Y así lo abona también el hecho de la inestabilidad de la materia en los seres organizados, que da lugar, con su constante renovación, a que no estemos formados de la misma sustancia en los diversos períodos evolutivos de nuestra existencia, observándose una mayor maneralización en los tejidos a medida que nos aproximamos a la vejez.

Puede decirse que la materia que nos forma al venir al mundo no es la misma que devolvemos a la circulación cuando dejamos de existir.

Dicha inestimable de la materia, gracias a la cual se renueva de continuo en el organismo, acompañándonos sólo cortas temporadas en el transcurso de nuestra vida, le resta títulos para ser acreedora al entrañable afecto de nuestro egoísmo, precisamente porque no podemos considerarla nuestra del todo y sí, únicamente, nos es lícito usufructuarla de prestado, sin llegar nunca a poseer su pleno dominio.

Lo verdaderamente nuestro, sin restricciones ni aldehyas de ningún género, es la «forma», y es ella, a su vez, carácter esencial de los seres vivos, que su desaparición constituye la muerte.

Claro es, por otra parte, que son inseparables las ideas de forma y materia, de donde nace la definición de cuerpo como «una porción «limitada» de materia»; por lo cual, al amar la «forma» amaremos también la sustancia que ella limita.

Estas disposiciones no carecen en absoluto de interés al tratar de nuestro tránsito al reino inorgánico, por cuanto ha sido el respeto a la «forma» el argumento tras el cual se consideran bien parapetados los detractores de la cremación de los cadáveres, ese procedimiento tan higiénico, tan limpio y tan expeditivo para transformar nuestra materia cuando el hálito vital la ha abandonado ya.

Bien evidente es que, con cremación o sin ella, la muerte por sí sola supone la destrucción y desaparición completa de la «forma», con la ventaja siempre en favor de aquel procedimiento de la rapidez en un proceso, cuya sola evolución espanta.

Tenemos, pues, sobrados motivos los amantes de la vida para amar también la «forma», que es una de sus principales características, y para llorar indistintamente la pérdida de la una, que, por ley fatal, ha de llevar aneja la de la otra.

Sólo por relación de contenido a continente, de la parte al conjunto, debe preocuparnos la materia que integra nuestro cuerpo, ya que podemos estar tranquilos respecto al carácter perdurable de su existencia; nuestra materia no morirá jamás, porque no muere ni se crea nada en el Universo.

Admitida, como hecho irrefutable, la unidad de composición de los seres vivos y los inertes, según lo cual los elementos químicos componentes de los seres organizados, son los mismos que en la naturaleza forman el reino mineral, es evidente que, al desorganizarse y descomponerse nuestro cuerpo, no hace otra cosa que devolver a la tierra los principios elementales que ella le prestó al constituirse como tal cuerpo organizado.

Tales elementos no son todos los conocidos hasta hoy por la Química, pues hay algunos que parecen privados del privilegio de entrar en la composición de los se-

res vivos, pero son una buena cantidad de ellos y los más notables y generalizados. Son: el oxígeno, el hidrógeno, carbono, nitrógeno, azufre, hierro, fósforo, sodio, calcio, potasio, magnesio, cloro, fiersilicio y otros menos importantes. Y sabe pensar, dejándose llevar un poco por las alas de la imaginación, y aún cuando sólo sea por vía de pueril consuelo, en que el hidrógeno que forma hoy parte de nuestros humores circulará algún día en las cristalinas aguas de un arroyuelo fresco y cantaría, será en parte absorbido por la raíz de una violeta, y siguiendo su curso hacia el río y hacia el mar después se mecerá eternamente sobre las ondas del Océano, besando remotas playas, y admirando siempre, en su inconsciencia, al bello panorama universal; que el oxígeno y el ázoe que hoy nos integran, libres mañana en la atmósfera, volarán con el viento huracanado hasta ignotos países, silbando en los picos de las más altas montañas, y agitando los bosques más gigantescos; que nuestro propio carbono podrá servir de impulso a la máquina más prodigiosa que concebir pudieran venideras generaciones, o cristalizar entre las facetas de un soberbio diamante... ¿Verdad que en todo esto parece encontrarse cierto consuelo?

Doctor A. Torres Roldán.

DE LA VIDA MEDICA RURAL.— LOS MEDICOS Y LAS AUTOPSIAS

Muchas veces nos hemos ocupado en estas columnas de las dificultades con que luchan los médicos rurales en su misión forense; de la abnegación que se precisa para realizar autopsias con material insuficiente, por estar incompleto el equipo quirúrgico e inservibles los pocos instrumentos que tienen las viejisimas cajas judiciales, y de lo inhumano, no ya incomprensible y absurdo, inhumano simplemente, que todavía, en pleno siglo XX, cuando todavía es la preocupación de Gobiernos y técnicos la higiene y la salubridad públicas, cuando los apóstoles de esa teoría, tan acertada, han de actuar por imperativo de la ley, lo hagan faltos de los más rudimentarios elementos de defensa.

El verano último tuvimos ocasión de presenciar una autopsia. Fue a raíz de ésta cuando nosotros escribimos una nota de protesta por este lamentable abandono en que la ley deja al médico en misión tan difícil, tan delicada como una autopsia, y tan peligroso por la infección; si el cadáver pertenece a una víctima que, antes que del accidente o del crimen, causa inmediata de su muerte, lo era de una de tantas terribles enfermedades contagiosas.

Entonces, como ahora, resuenan en nuestro cerebro lúgubramente los chasquidos de las costillas, partidas con podaderas y los golpes macabros del martillo sobre el escoplo de carpintero y del escoplo sobre el cráneo del cadáver.

Pero no es solamente en nuestra provincia donde ocurren estas cosas.

En «El Siglo Médico» leemos el artículo que a continuación transcribimos:

«Medicina legal.

Un oficio del juez para que me persone en un pueblo cercano y practicar una autopsia en unión de otro compañero, me es entregado una tarde de agosto, cuando el sol descende tras los montes cercanos, después de calcinar las tierras y las mieses. Al oficio acompaña una carta del compañero, donde me ruega madrugue, pues el cadáver lleva ya tres días y el calor es abrasador.

A las siete de la mañana del siguiente día ya estoy yo en el pueblo donde hemos de practicar la autopsia, después de una hora derote. Al poco rato llega el compañero, y empieza los trámites siguientes:

Buscar al secretario del Juzgado municipal. El citado secretario se ha ido a segar de madrugada, y dejó dicho que vendría para las ocho. Viene por fin, y entonces hay que buscar al juez. El juez ordena que dos o tres vecinos ya designados «nos ayuden» a las operaciones macabras. Los designados, oliéndose la quema, se han ido a segar muy de mananita, y no sabe nadie donde andan. Entonces hay que buscar otros; pero como todos rehusan y alegan otras ineludibles ocupaciones, es preciso convencer a los más «valientes» del pueblo, y con una botella de

aguardiente en una mano y otra de agua fenicada en la otra, se encaminan por el «fiambre».

El compañero y yo nos adelantamos camino del cementerio, donde va a tener lugar la autopsia. Una sendita zigzagueante corona un cerro, y en su cúspide está enclavada la mansión de los muertos. Hemos llegado. No veo ningún cobertizo, ni habitación, ni nada. La llave resuena lúgubre en su cerradura y gime al abrirse. Es el cementerio un cuadro de unos ocho metros en cuadro. Está cercado por un muro de cantos de unos dos metros escasos de altura. En un rincón, un montón de huesos humanos, blancos por el sol, muestran la incultura y la falta de respeto de los indígenas. Seguramente serán de las familias de muchos de ellos, y los dejan lucir su amarilla blancura a la faz de todos. Los cráneos nos miran con sus cuencas exhaustas, y uno de ellos, con la calota serrada, nos indica que el juez ordenó hacer en él lo que nosotros haremos con el cadáver que nos traerán.

En tan reducido espacio se coloca una gran mesa, la del Ayuntamiento, y mientras llega el cadáver me dedico a preparar el instrumental que el Juzgado ha enviado: la caja de autopsias. Viene atada con cuerdas; no tiene ya ni llave ni bisagras. Y dentro sólo hay: una sierra, dos bisturíes que son casi dos sierras ya, por las mellas de su corte; unas pinzas de disección, una sola rama del costófomo, una sonda rígida y creo que nada más. Hemos, pues, de procurarnos herramientas «ad hoc», y pedimos una navaja de afeitar, unas tijeras de podar y una aguja con cuerda.

Y sentados «al borde de la fosa» donde recibirá sepultura el cadáver autopsiado, esperamos...

Son las once y media de la mañana, y el sol calienta nuestras calvas. Está muy cerca del zénit, y no hay sombra por parte alguna. Por la senda que conduce al cementerio vemos, por fin, avanzar el fúnebre cortejo. Cuatro «bravos» traen el ataúd. Cada pocos pasos se paran, lo depositan en tierra, y uno de ellos, litúrgicamente, rocía la caja mortuoria con el contenido de una botella, agua fenicada. Después, otra botella corre de boca en boca, aguardiente.

Y llegan, por último. Dejan el cadáver sobre la mesa, y dando media vuelta, desaparecen juez, secretario y vecinos. Y aquí nos dejan solos.

Funciona la navaja de afeitar, la tijera de podar y... Un zumbido horrendo, ensordecedor, se acerca, gira en torno nuestro y nos disputa el cadáver. Son moscas, mil variedades de moscas. Moscas verdes, amarillas, azules, negras, rojas, violetas, de todos los colores, de todos tamaños. Un estomólogo las hubiera calificado. Nosotros no teníamos tiempo más que de evitar que nos picasen, que se nos metiesen por boca, ojos, oídos, narices, después de haberlas visto picar en el pus, sangre y humores del cadáver.

Y por toda remuneración, ¡ni las gracias! Esto es auxiliar a la Justicia; pero no es Justicia.

Dr. J. Mut.»

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

La taberna, la chirlata y el lupanar deben abolirse.

Concesionaria para esta Revista **OTO** Empresa anunciadora
Espronceda, 4 dpldo. Grandes descuentos.

EL MITIN DEL DOMINGO

CAMPAÑA SANITARIA

VILA DELIRAN

Con la concurrencia acostumbrada, se celebró el domingo en el amplio local del teatro de Novedades un nuevo acto de la campaña de «Higiene Social».

Doctor Navarro Fernández.

El doctor Navarro Fernández hace la presentación de nuevos oradores e insiste, una vez más, en que esta campaña está desligada de todo matiz político, invitando al pueblo a tomar parte en estos mítines para exponer su opinión sobre cualquier punto que afecte a la salud o a la cultura.

Don Santos Fernández.

Don Santos Fernández, estudiante de Veterinaria, combate la importación de carnes congeladas y de vacas lecheras, por ser nuestro país eminentemente ganadero y capaz de abastecer a todos nuestros mercados.

Señorita Hidalgart Rodríguez.

La señorita Hidalgart Rodríguez invita a las jóvenes a que no se dejen arrastrar por las faldas corrientes modernas, a fin de que puedan llegar a ser perfectas esposas y madres amantísimas.

Señor Carreira.

El señor Carreira, maestro de Carabanchel, ofrece la colaboración del Magisterio a esta obra generosa y humanitaria, diciendo que en ella el maestro y el médico deben ir unidos, no solamente para la orientación profesional, sino para perfeccionar al niño física y moralmente, como complemento de la educación profesional que debe ser fuerza.

Don Pedro García del Pino.

El señor García del Pino recita algunas poesías, que son muy aplaudidas.

Señor Fernández Urquiza.

El señor Fernández Urquiza se refiere a la falta de higiene que se observa en los cafés, tupis y bares, denunciando hechos por él observados, pidiendo gran profusión de escupideras y la desaparición de las jarras de agua que están sobre las mesas recibiendo todos los gérmenes.

Examina las malas condiciones de los géneros expendidos, especialmente del café, la leche y los mariscos.

Señor González Guerra.

El señor González Guerra habla del poco valor que se tiene del factor hombre y de la falta de ayuda a que es merecedor.

Aboga por la creación del ministerio de Sanidad, estando hoy bien justificada después de la creación del ministerio de Trabajo.

Dice que no basta con limitar las horas de trabajo, sino que hay que cuidar también de las condiciones higiénicas del trabajo.

Solicita la aportación de todas para ayudar a resolver los problemas de la Sanidad.

Estudia las influencias de la Sanidad e Higiene en la producción, afirmando que el maquinismo, como progreso industrial, no ha eliminado la personalidad del obrero, ya que la máquina, cosa inconsciente, sólo entra a la vida mediante la atención que el obrero la presta, transfundiéndola algo de su dinamicidad, glosando experiencias industriales que confirman cómo,

mejorando la función muscular y la inteligencia, se abarata y mejora el producto.

Se ocupa de la valoración del hombre, cuya cotización viene afirmada por el predominio económico, como lo evidencian las estadísticas, que clasifican al obrero yanqui y al inglés en los primeros lugares, sosteniendo que a ello han contribuido las condiciones de que se ha rodeado el trabajo y lo acertado de su legislación sanitaria.

Termina diciendo que el trabajo es ley de la vida, y la vida, socialmente considerada, resumen del esfuerzo de todos, por lo cual la cooperación es obligada, y aún más en momentos como los actuales, en que la lucha comercial se avecina, y de ella sólo podrán salir indemnes los pueblos que hayan vigorizado sus fuentes de producción, elevando el rendimiento del trabajo y mejorando, por la alimentación y por la higiene, el esfuerzo útil.

Don Emilio Llasera.

Don Emilio Llasera, ex gobernador, trata de la protección a la infancia, a la que cree se puede favorecer retribuyendo el trabajo, especialmente de la clase media; pide como homenaje a los aviadores ingleses, y que como sentido recuerdo, se envíe una tarjeta a la Embajada inglesa.

Don Rafael de Buen.

Don Rafael de Buen, catedrático de la Central, aboga por la reorganización de la enseñanza universitaria, y trata de la reforma en la enseñanza superior.

Señor Erróz.

El señor Erróz, veterinario, hace algunas observaciones sobre las garantías que deben hacerse observar para el servicio a domicilio de la leche.

Señor Racamonde.

El señor Racamonde comenzó diciendo que iba a tratar del problema de la vida, por ser éste uno de los que más hondamente preocupan la atención pública. Pu-

so de relieve las relaciones que la carestía de la vida guarda con los demás problemas políticos, sociales, higiénicos y culturales, pasando a examinar las diversas causas del encarecimiento de la vida, que, entre otras, son las más principales el des-nivel que existe entre la producción y el consumo y la multiplicación de las necesidades de hoy. En España, la inmensa mayoría de los españoles consumimos, pero no producimos; es decir, que no aportamos ningún beneficio al campo de la producción. Entre poetas, músicos, lacayos y criados, intermediarios y mercaderes, agentes de negocios y charlatanes, prostitutas, frailes y abogados, formamos un conglomerado casi superior al que integran las profesiones de médicos, arquitectos, ingenieros, profesores y obreros. Y de esa forma, claro está, no se puede fomentar la producción ni intensificar el trabajo. Además, que los productores no dan abasto para satisfacer las necesidades de los consumidores, que son excesivamente más.

Después se extendió en diversas consideraciones de carácter económico, haciendo un canto al trabajo en un elocuente párrafo de la definición de la belleza.

«Yo, que soy un profundo admirador de la belleza, un sincero y emotivo exaltador de ella, la he buscado por todas partes, y no la he encontrado. Después de buscarla, ávido y afanoso en «La Divina Comedia», he recurrido a los lugares infernales y celestes que describe el Dante; he acudido a la epopeya humana, a ese eterno código de la belleza que se llama el «Quijote», y tampoco la he visto. He descendido al «Paraíso perdido» de Milton, y a la «Jerusalén liberada» de Tasso; he contemplado atónito la epopeya del antropomorfismo: la «Ilíada» de Homero, y he visto a Virgilio cantando en la Eneida la fundación de Roma. He seguido los pasos de Romeo en la intrincada escala del balcón de Verona; he advertido a Otello y a Desdémona, a Ofelia y a Laerte, a Petrarca y a Laura, y me he internado en la cueva de Segismundo al mismo tiempo que escuchaba el verbo de oro de San

Juan Crisóstomo, las oraciones fúnebres de Bossuet, las conceptuosidades de un Mirabeau y la arrebatadora elocuencia de Cicerón en sus acusaciones contra Catilina. Y después de haber recorrido los monumentos literarios, he recorrido los monumentos escultóricos, pictóricos y arquitectónicos, en mi afanosa ansiedad de encontrar el secreto de la belleza. Y no la he encontrado porque no está allí. La belleza no está en el partenón de Atenas, ni en las pirámides de Egipto, ni tampoco reside en los lienzos del Greco y el juicio final de Buonasoti, ni en la capilla sixtina del Vaticano y el amplio recinto del monasterio de El Escorial, ni siquiera en la enhiesta cúpula de San Pedro. En cambio, he visto la suma de conquistas que ha alcanzado el progreso humano en el raíl que se extiende por el suelo y el hilo telegráfico por el aire, en la máquina voladora que condujo a Franco, en la masa informe de tejidos humanos que penetra el hisólogo, en el martillo que repiquea cobre, el yunque noble del trabajo, y en el obrero que va apilando ladrillo sobre ladrillo para ir levantando casas de cemento y de barro que sirvan de refugio a los que buscan un hogar. Y en el contraste he visto claramente la luz de la verdad. La belleza no está en los monumentos arqueológicos

y literarios, ni en los templos romanos y catedrales góticas adornadas con capiteles y sombreadas de esplendor. Por eso, los mejores artífices no son los que esculpen el marfil y el oro; los mejores artistas son los que trabajan la madera y el hierro: los obreros de las artes de la construcción.

Lo mismo ocurre con los prados floridos y con los vergeles amenos. No quiero jardines fragantes y olorosos, perfumados de guirnalda y claveles. Todo eso es hojarasca, que hay que destruir para edificar sobre ellos ubérrimos patatares y fértiles trigales, que si no sirven de ensueño a los enamorados, servirán para satisfacer las necesidades de los que necesitan comer.

Pan y trabajo es nuestro ideario, porque ello es lo único que constituye nuestra vida.

Doctor Verdes Montenegro.

El presidente del acto, doctor Verdes Montenegro, hace el resumen, y estudia las causas principales que motivan la tuberculosis y da cuenta de la colaboración que van a prestar a esta campaña los médicos de los dispensarios antituberculosos.

Todos los oradores fueron muy aplaudidos. El próximo acto se celebrará el domingo, en el Cinema X.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. que vive en
provincia de, calle, núm., se suscribe a
SEXUALIDAD por un (1), cuyo importe de pesetas
envía por Giro postal.

..... de de 1926.

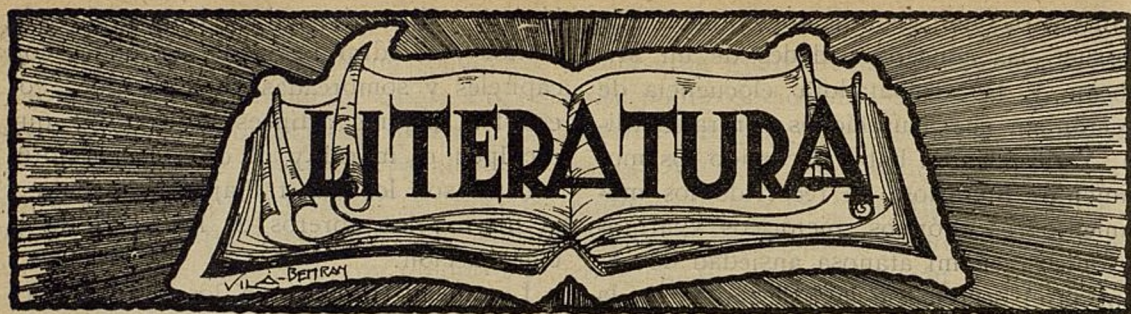
Firma

Redacción y Administración:

Alcalá 53.—Teléfono 27-61 M.

MADRID

(1) Año, semestre, trimestre.



El pecado de ser bonita

(Continuación.)

III

—Amparito—exclamó de pronto Pepe, como si le asaltase un presentimiento—. Necesito hablar contigo con formalidad; quiero que me contestes categóricamente a las preguntas que tengo que hacerte; no puedo sufrir las ocultaciones; quien me niega la verdad puede considerarse mi enemigo; pero perdóname, Amparito, soy un loco; te amo tanto y te hablo de una forma tan poco correcta; tú me sabrás perdonar; siento por ti un amor intenso e inmenso, y no puedo escuchar ciertas frases sin que se lastime mi corazón; a veces me dan intenciones de abarcar con mis manos el cuello de quien las pronuncia, y... Amparito, Amparito, perdóname; divago, ¿verdad? No te quepa duda que mi locura nace del amor que te profeso, y es natural que un hombre mate a una mujer porque se vea rechazado o simplemente porque le sea infiel. ¡Ah, querida Amparito, ya conoces mi modo de obrar; no soy nadie; pero las malditas murmuraciones...

—¿Pero dices de una vez lo que tienes que decirme?

—Es verdad. Quiero comunicarte algo que me pesa; quiero que me contestes a unas preguntas; quizá veas que soy un necio; necio no lo soy, sí un villano que no cree en la mujer que ama; es muy penoso, muy doloroso quererlo, desconfiar de la mujer que amamos; pero el hombre es miserable y envidioso, yo lo reconozco; pero en cambio la mujer, ¡ah!, la mujer puede

ser virtuosa o depravada; no existe en ella un término medio; yo lo creo así; Santa Teresa era una gran mujer; pero la Dubarry, la Pompadour, Friné, esas eran áspices terribles, eran dos polos opuestos; yo reconozco ésto; se es honrada o no; se es virtuosa o depravada; se es sencilla y cariñosa o banal y coqueta; el hombre es dueño de poder escoger, según su carácter. Yo escojo la mujer virtuosa, la mujer sencilla y cariñosa; tú eres una flor, un capullo, cuya corola, cuyos pétalos no se han abierto todavía ante la naturaleza, y quiero ser yo el floricultor que abra con mis profanas manos el estuche sedoso de ese capullo; pero, créeme, una pena intensa me aflige, y no sé cómo decirlo, temo ofenderte; es tan delicado el asunto, como la perla del rocío que cae sobre los pétalos de las flores, y que sólo con tocarla se deshace, y no tendré otro remedio; quiero quitarme esta gran peso que gravita sobre mi corazón.

—Por Dios, hombre, no seas así; di pronto lo que sea, mira que me tienes muy impaciente.

—Perdóname si te ofendo—murmuró Pepe.

—No, no puedes ofenderme; sé lo que pretendes decirme; andas con rodeos para suavizar tu revelación; dilo, dilo si lo crees conveniente; ¿no quieres decirlo por si no puedes? yo lo diré, yo te quitaré el peso de tu corazón.

—Amparito, Amparito mía, flor ultraterrenal del jardín umbrío de la Fidelidad, perdóname; me has comprendido; pensé mal; las lenguas hacen tanto daño, como los zarpazos de un tigre sobre la carne desnuda, como las lanzas de los fariseos sobre las carnes laceradas de Cristo en la cruz.

—Pero yo debo decirte, debo explicarte—objetó la florista—, lo has pedido; tu semblante denota la cólera reconcentrada; tu corazón latía con menos vehemencia que otras veces, y para que tu cariño hacia mí quede incólume, necesito que seas ahora tú quien me escuche. Te han dicho que un viejo cincuentón me compra flores, que me piropea, que ha llegado su osadía hasta el extremo de pre-ender conquistar mi corazón; pero se habrán callado lo principal, lo más importante, lo que a tu corazón hubiera vuelto la tranquilidad perdida momentáneamente: que ese viejo me es repulsivo, que no deseo saber nada de él.

—Basta, basta ya, Amparito; me duele el corazón; siento remordimientos de haber dudado de ti un momento.

—No, Pepe; eres hombre, amas y desconoces el valor de una mujer; crees que todavía son las mujeres el regalo, las esclavas del hombre, y te equivocas, te equivocas en parte; María de Samaria siguió a Cristo, renegó de la vida regalada del lujo que le proporcionaba a ser esclava de los hombres, que sólo buscaban las primicias de su cuerpo, sin pararse un sólo momento a mirar que aquella mujer tenía alma noble y generosa, magnánima y digna de ejemplo. Ya las mujeres no quieren hijos, no miran riquezas, no ansian fastuosidades huera; quieren amor, pureza de amor, comprensión de almas. Bastante mal cimentada está la sociedad, constituida en dos bandos enemigos: mujeres y hombres. Yo soy mujer pobre, inculta, pero lo suficiente culta para comprender que mi misión en la tierra es la de hacer feliz a un hombre y recibir de él la felicidad. Pero no sólo con la posesión se consigue ser feliz; es necesario espiritualidad, idealismo, homogeneidad de almas...

—Amparito, hermosa mía; quedo asombrado, bendigo este momento; me considero el hombre más feliz de la tierra, oyéndote hablar; dices bien, la mujer no es esclava; es idgna compañera del hombre; a ella le consultaremos, a ella le debemos amor. Cuando llegó la hora de la recogida, Pepe y Amparito se encaminaron a casa de ella. Llevaba la joven, colgada al brazo, la

cesta, donde llevara las flores al mercado, vacía, con algunas pálidas hojas en el fondo, eran las humildes, las frágiles, desprendidas de la sociedad florestal, que pululara en aquella cesta; era la piltrafa; ¿dónde irían a parar?; al mismo puerto que anclaban todos los desgraciados de la vida; al montón, al cieno, a la muerte ignorada y vil...

Los novios, antes de llegar al jardín, al atravesar el portalón, paráronse y amparados por la oscuridad, juntaron sus labios...

IV

Don Cosme jamás pasó de decirle a Amparito aquellos piropos referente a las flores.

Pero en sus ojos, en aquellos ojos grises, pequeños como aceitunas, despedían chispas de amor, de deseo, largo tiempo contenido.

En su alma casta de amor bullía el deseo de poseer aquel cuerpo; sentía ansias de hacer suya aquella joven que llegó a adueñarse de su corazón.

En el círculo, sentado en su mullido butacón, dando fuertes chupadas a su habano, mirando embebido las caprichosas espirales grises del humo, con los ojos entornados, como queriendo reconcentrar su pensamiento en un objeto, pensaba en Amparito; la veía en su puesto de flores, sonriente, mostrando aquella doble hilera de diminutos y marfilíneos dientes; pensaba en la hilaridad, la franca hilaridad que le causaba a la joven, cuando él, como si fuese un joven don Juan, le soltaba aquellos piropos que debían alagarla. Y sonreía él beatíficamente, plácidamente, todavía con los ojos entornados y el habano entre sus labios, como si la tuviera ante sí y la contemplara extasiado, lleno de amor.

De esta guisa pasaba las tardes en el círculo, ajeno por completo a las interesantes partidas de dominó, en las que él, antes de su enamoramiento, tomara parte.

Había cambiado mucho desde que conociera a la florista, y siempre fija en su mente la idea de que algún día, no muy lejano, pudiera ser su esposa, su adorable

mujercita, como la llamaba ya para sí en sus divagaciones.

Había arreglado la casa, el nido que sería de amor y que era todavía un hogar frío, incómodo para su vida de célibe, como él llevaba.

Las innovaciones consistían en colocación de cortinajes, sillerías y, principalmente, en la alcoba contigua a la suya, preparó una cama principesca; con ello sólo consiguió caer en ridículo ante su conciencia.

Todavía no le había hablado directamente a la florista; ignoraba todavía si sería rechazado violentamente, como él sabía que habían ocurrido casos, y, sin embargo, sobre existir estas dudas, ya preparaba su habitación, haciéndolo con la mejor voluntad del mundo; quería presentarlo pulcro, coquetón, lindo, pero resultando en realidad estafalario y ridículo; ignoraba él aquellas lides; era neófito en ellas y era preciso que le salieran mal...

Don Cosme no ignoraba que Amparito tenía relaciones; aquello, en verdad, le contrariaba un tanto; cometería un atentado; pero él, tan egoísta para acumular oro, consiguiendo hacerse rico, no repararía ante aquella pequeña valla, una verdadera niñada, según él aseguraba; ya se impondría la realidad, y aquella tontada terminaría; sería una verdadera lástima que una joven como aquella, tan llena de hermosura y de

encantos, fuera destinada a un paleta, a un pobre diablo, que la hiciera pasar privaciones sin cuento.

Y a cada nueva deducción que sacaba, a cada hecho que formaba, veía la necesidad imperiosa de arrebatarse a la miseria a aquella flor en capullo.

Era un tributo que el hombre rico deseaba rendir a la mujer bonita por él deseada...

(Continuará.)

F. Fernández Tur.

EL JOROBADO

Ya sé que cuando paso por tu lado
te burlas con crueldad de mi desgracia;
que mi pobre y ridícula figura,
por lo grotesca, te hace mucha gracia.

Ya sé que me señalas con el dedo,
para que otros se rían sin piedad;
pero yo sufro y gozo, a un mismo tiempo,
sin echarte en cara tu maldad.

Al verme tal cual soy, lloro con pena,
pues sé que nunca alcanzaré tu amor;
mas cuando veo que por mí tú ríes,
bendigo mi desgracia y mi dolor.

P. García del Pino.

HEMOBICAL EGABRO

Recalcificante maravilloso; tónico estimulador. El insustituible profiláctico de la tuberculosis pulmonar.

SALUD, FUERZA, ENERGIA

El éxito de este preparado está en su fórmula por disco, amplia, racional y eficazísima:

Fosfato de cal bibásico.....	0,30 gramos
Fluoruro de cal.....	0,02 >
Arrehenal.....	0,02 >
Lecitina pura de huevo.....	0,05 >
Hemoglobina.....	0,10 >
Solución de adrenalina al 0/00.....	3 gotas

SERVIMOS MUESTRAS

Laboratorio EGABRO

CABRA (Córdoba)

El cuento de la semana

La pecadora

Pizpireta, graciosa, inocente y parlanchina era la gentil Dolores.

Su semblante risueño no dejaba apreciar el gesto avieso y cruel de su corazón.

Fué madre, y, según crónicas, todo su pecado fué querer a un hombre hasta el extremo postrero de la complacencia femenina, y por ello hoy la dicen «La Pecadora».

II

—Sí, **seña** Isidra—murmuraba una vieja llamada Carolina a otra de sus parecidos, y que decía nombrarse Isidra—, Lola será **to** lo **honrá** que usted quiera; pero, vamos, que si una no quiere...

—Eso mismo digo yo. Porque una ha **sío** joven, ha tenido su miaja de su aquel y sus correspondientes galanes, y, sin embargo... con **tos** me divertí y con ninguno... Bueno... usted ya me entiende... ¡de verano!...

Y acompañó a la frase una mueca grotesca, que su interlocutora comprendió.

—Ya, ya. Cualquiera se fía de ninguno, **pa** que antes de que lo quiera el cura, vengan los sermones...

—Por eso a mis chicas las enseño boxeo, **seña** Carola, **pa** que si se ven **apurás** por algún **menflis**, demuestren su **educancia** con ademanes.

—Es lo mejor. Sobre **to**, el **respeto**. El hombre que quiere, respeta a la novia y la debe mirar como a una madre.

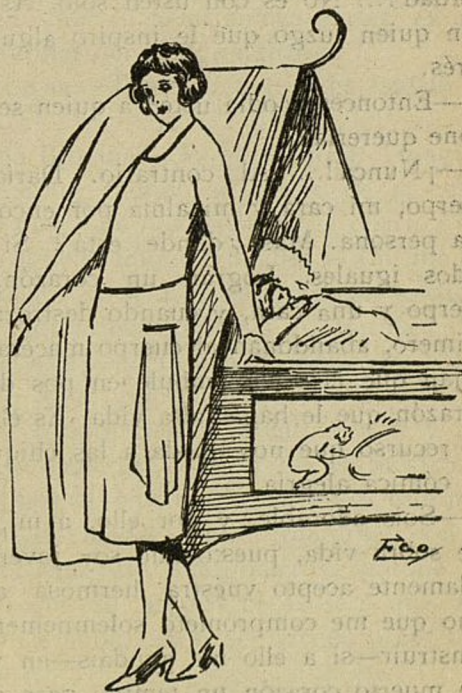
—Sí; pero hay veces que cambian los papeles, y entonces la miran esos **desconchaos** como madre, sin juzgarlas novias; y esto es lo más frecuente; y ya sabe usted el final. Un equipo y un biberón...

III

—Se lo agradezco, joven. Pero no se moleste más. Es imposible. Ni usted ni yo hemos nacido para querernos.

—Apreciaciones de usted, hermosa niña. ¿Qué puede impedir que su corazón llegue a querer al mío, que ya ha empezado a sentir un loco entusiasmo por ese cuerpo y esa cara?

—Es muy difícil. Y quizás por pensar eso mismo que está usted diciendo; porque los hombres es por lo único que se vuelven locos, por lo exterior, por lo transitorio, por el cuerpo y por la cara. Sin pensar que, como ellos, tenemos un cora-



zón, y que cuando lo perdemos... sólo nos queda eso... la cara y el cuerpo... La jaula tosca que encerró un hechizo... La ruina materia que el asaltador anhela... La escoria. Lo mortal. Lo perdurable... ¡Desgraciados hombres, que antes dan preferencia a un recreo que al procurarse un corazón de hembra!...

—En verdad, señorita, que quedo anadado de sus palabras.

—No es extraño, joven. Tuve un buen

profesor: la experiencia, y ella me ha enseñado a gastar bromas y dejármelas tomar. Los hombres, como las mujeres, debemos tener los dos extremos: el cómico y el dramático. Quien no posea más que uno, está perdido; ahora, que al perderse, logra el que le hizo falta, y es cuando se es como debió ser.

—Entonces...

—Sencilísimo. Antes me conoció usted bromista, dicharachera, animosa, comunicativa, casi entregada a sus gracias; y ahora, cuando usted saboreaba el éxito, la gentil Lolita, la encantadora muñeca de su pensamiento, la desengañada Lolita, le deja caer de sus brazos al suelo, para decirle con todo su corazón dolorido: ¡Es imposible, caballero; ni usted ni yo hemos nacido para querernos! ¿Soy cruel, verdad?... No es con usted sólo. Así soy con quien juzgo que le inspiro algún interés.

—Entonces, ¿odia usted a quien se propone quererla?

—¡Nunca!... Al contrario. Daría mi cuerpo, mi cara y mi alma por encontrar esa persona. Mas ¿dónde está? Si son todos iguales. Logran un corazón, un cuerpo y una cara, y cuando destrozan lo primero, abandonan al cuerpo macerado y dejan que el alma ambule en pos de un corazón que le haga falta vida. Es el único recurso que nos queda a las chiquillas de cómica alegría.

—Sois adorable, y por ello, a mí, que me sobra vida, puesco que soy joven, no solamente acepto vuestra hermosa alma, sino que me comprometo solemnemente a construir—si a ello me ayudáis—en vuestro muerto corazón un templo para nuestro cariño, en donde vaya el mío llevando en triunfo tu alma junto a la mía, para unir nuestros cuerpos en el sublime tálamo y escuchar en el misterioso encanto del idilio las dulces frases de un amor sincero...

IV

—¿Qué es eso, **seña** Isidra?... ¿Por qué pega **usted** así a la chica?... Déjela.

—¡Matarla es lo que voy a hacer! La muy...

Y soltó una interjección más propia de un salvaje que de una madre.

—Vamos... suéltela...

—¡Mala hija!... ¿Así piensas en tu padre?...

—Pero ¿qué es ello?

—¿Qué **quién** **usted** que sea? ¿**S'alcuerda** de lo que hemos dicho de Lola?

—Sí; y por cierto que se casa con un guapo chico, que corre con **to lo pasao**.

—Pues **na**. Que a pesar de lo del boxeo, no le ha servido a ésta de **na**, y ni ha **confesao** que el ultramarinero... **l'ha tomao** al peso. Vamos... usted ya me entiende...

—¡Qué tiempos éstos!... ¡Ay! Ni nosotros estamos seguras... ¡Ay, **seña** Isidra!

—Es **pa eslomarla**.

—Quién sabe. Ya ve usted a Lola. Si bien es verdad que se le murió el novio dejándola un chico, al fin y a la postre se casa, y con un buen partido... ¡Todas se casan, qué zambomba!

—Sí, todas; pero ésta, ¿con quién? ¡Si él está casado y con cinco chavales!... Le digo a usted que es **pa matarla**... Ahora la «Pecadora» va a ser ella, y la otra... ¡Le digo a usted que la mataba!... ¡La Pecadora!... ¡La Pecadora!... ¡La mala hija!... ¡La Pecadora!...

(La señora Isidra rugía de odio.)..... y como un leve gemido, llegaba quejumbroso cantar, que así decía:

En las cosas del amor
naide se debe meter,
pues d'él viene nuestro sér
y por él nuestro dolor.

Fin.

Julián Gratal.

Apuntes de sainete

A Elvira Moreno, distinguida dama enfermera.

«La **seña** Bibiana» o «No te avergüences, hija»...

Sala modesta en un cuartito de la calle del Amparo; lateral derecha, alcoba, por donde se deja ver una humilde cama de

madera; segundo término y lateral izquierda, puertas.

La señá Bibiana y Encarna, madre la primera de esta última, cose al abrigo de los manteos de una camilla desvencijada, mientras Encarna solloza.

La señá Bibiana.—Amos, hija, que vas a inundar el hotel.

Encarna.—Pero, madre, si no puedo callar, si parece que se me está haciendo el alma agua y se me está saliendo por los ojos. ¡Canalla, mal hombre! ¡Con lo que yo le he querido!...

Señá Bibiana.—Los hombres así, son tós unos embusteros, que al principio mucho «paloma, me apetece más que el pan solo; arrope», y a luego, cuando han conseguido lo que buscaban; cuando, como un clavel reventón, lucieron el amor de una inocente, y cuando ya ésta flor perdió su aroma, se tira ya por otra. Así hizo tu padre conmigo.

Encarna.—Por caridad, no me haga sufrir más.

Señá Bibiana.—¿Hacerte sufrir? Yo nunca, hija; es aconsejarte; cuando yo, como tú, tenía veinte años; cuando envuelta en ese mismo mantoncito que tú llevas de crespón, brotaban hasta de las aceras piropos p'a mi garbo, y hacía llegar tarde a los hombres a sus trabajos por seguirme, y los domingos, con mi blusita de percal rameo y mis zapatos de punta es-recha, allá en los Viveros, a los acordes de una mazurca triste, ponía un poquito de ilusión en los corazones de los chulapos, que les hacía trabajar más aprisa durante la semana, como si por eso el domingo fuese a llegar más pronto. ¡¡Los Viveros!! Al recordarlos soy ya vieja, y me veo joven, con aquella falda tabletea, cosa que lleva-

ba, y parece como si quisiera reir y no pudiera; como si pretendiera llorar, y tampoco lo lograra; me parece oír el organillo y otra vida; qué se yo... ¡Los Viveros! ¡Qué recuerdos traéis a mi mente! Allí conocí a tu padre; daba gusto verle, con su gorrita, con su pañuelo al cuello; ¡granuja! Me dijo las mismas cosas que a ti te habrá dicho por quien hoy lloras; bailamos juntos toa la tarde; fuimos novios; las horas en el taller comenzaron a serme más largas; ¡como que en la puerta me aguardaba él!; comencé a llegar tarde a casa por las noches; mi madre (Dios la tenga en gloria) se olió la tosada, y me dijo: «Hija, cuidao con los hombres, que son como las gaseosas: mucho ruido, mucha espuma, y a luego, na.» ¡Bah!, respondí yo; cosas de vieja, y no hice caso; y bueno, en síntesis, a los nueve meses, en mi casa, a más del gato, estabas tú...

Encarna.—También usted ha sufrido lo suyo.

Señá Bibiana.—También, hija. Tu agüelo paterno, cuando se enteró de la cosa, armó una, que nos subieron el cuarto; pero tu agüela, mujer y madre, al fin, me dijo: lo que yo a ti en esta ocasión te digo, señalando al cuarto donde yo dormía: «No llores, hija; no te avergüences de haber querido a un golfo; el querer siempre es santo, y aquí tienes tu casa p'a ti y p'a tu hijo, cuando venga, y esa es tu alcoba, hasta hoy de mosita virgen, desde este momento de madre; entra tranquila, con la cabeza alta, sin avergonzarte, porque no sé yo qué de las dos cosas será más noble, más sublime: si ser virgen o ser madre.»

F. Javier de Silva

Abril 1926.

Anúnciese en esta revista

Ayuntamiento de Madrid

ESTAMPAS PARISINAS

I

1626

La fiesta ha florecido en el viejo Trianón...

la luz de las arañas en las fuentes riela,

y en el parque dormido palpita la emoción

y exquisita elegancia de una vieja vitela.

Canta entre la espesura la voz del surtidor,

urde el Sena el misterio de una historia lejana

y las risas y rosas son un triunfo al amor

que florece en el fondo de la noche galana...

... Abrense como flores de amor los abanicos,

se inclinan cortesanos sombreros de tres picos

y ríe la elegancia borbónica de un Luis...

Solloza el clavicordio la vieja polonesa,

y un abate, muy rubio, le dice a una duquesa:

«¡Son lindas vuestras manos, como flores de lis!»

II

1926

*Un mechero de gas da su luz macilenta,
que se pierde en el fondo de la taberna gris,
tras los rotos cristales, que cubre una grasienta
cortina, entra en jirones el cierzo de París.*

*Dormita el tabernero, tras la anaquelera,
con la carnosa mano apoyada en la sién,
y un hampón, en el fondo, con ansia se extasia
en el dorado ajeno del pálido Verlaine.*

Dos cocotas románticas, dicen bajo sus cuitas...

*(¡Anhelan en sus sueños ser nuevas Margaritas
y revivir historias fragantes de pasión...!)*

Oscila del mechero la vacilante llama,

*y el horario implacable que anida en «Nuestra
[Dama],*

da sus doce latidos igual que un corazón...

OCHAITA

Miserias de la calle

Cuando la noche extiende sobre la tierra su obscuro manto, habrás contemplado más de una vez, lector que me lees, tendidos y durmiendo, en algunas calles y plazas de Madrid, hacinados, en confuso montón, cubiertos de andrajos, semidesnudos, hombres, mujeres y niños.

Hombres y mujeres que, en el naufragio de la vida, aún no pudieron asirse a la tabla salvadora que les condujera a puerto seguro.

Mujeres y hombres que, en la batalla por la existencia, cayeron heridos por la bala de su ineptitud o de su mala suerte, y se revuelcan convulsos en el fango de todas las calamidades, infortunios y miserias.

Niños que nacieron de padres pobres, de padres desgraciados o inhábiles.

La escasez de viviendas baratas y la crisis actual de trabajo hacen que la pelea

por la vida sea cada día más reñida y aumenten los abatidos y desdichados que se sustentan mezquinamente y duermen en los quicios de las puertas, sufriendo las inclemencias del tiempo.

No son más que soldados heridos; vayan las ambulancias de la caridad oficial y particular a socorrerlos.

¿Cómo se evitarían esos cuadros de miseria callejera?

Nada más fácil y económico que la construcción de albergues nocturnos, amplios, ventilados e higiénicos.

Sencillos pabellones, donde tuvieran fraternal acogida todos los menesterosos que a ellos acudieran en demanda de refugio.

Con ello se evitaría que pesara sobre Madrid un baldón de oprobio como el que constituyen esos montones de carne humana, aletargada en plena calle, soportando las destemplanzas del tiempo; espectáculo impropio de sociedades cultas y caritativas.

José Cano Simón.

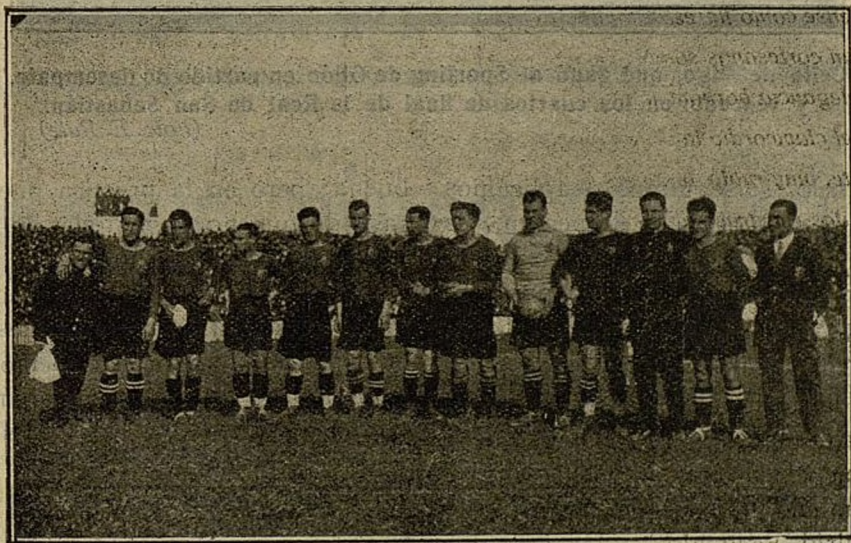
DEPORTES

El sistema sueco.

Respecto a los ejercicios respiratorios, que nos parecen excelentes, ni son una novedad del sistema sueco, ni se inventaron en él. No son una novedad porque siglos antes de Jesucristo eran practicados por los chinos, los indios y los japoneses, de cuyos respectivos métodos de educación física forman parte, y no fueron inventados por Sing, nuestro que el profesor Do-

de que para poder fijar el oxígeno en exceso en nuestros tejidos, la condición primera no es en absoluto, como se imagina, el aumentar la ventilación pulmonar, sino, ante todo, crear la necesidad de oxigenación en estos tejidos.»

(El mejor de los ejercicios respiratorios es el que se hace automáticamente por la exageración de la ventilación pulmonar. Es una necesidad orgánica que no vamos



El equipo del Barcelona que ganó al Real Madrid en el primer cuarto de final.

(Foto Ruiz)

meny ha probado que aquél conocía las obras de los médicos franceses en las que están descritos.

El método de Amorós tiene como ejercicios especiales para desarrollar el pulmón los cantos, y mientras no se establezca científicamente qué método es mejor para el desarrollo pulmonar, si los cantos o la gimnasia respiratoria, no podremos decir que, desde este punto de vista, sea el método sueco superior a los otros.

Además dice el doctor Heckel: «Es preciso penetrarse de esta verdad fisiológica,

a reglar.)

«Porque la práctica muestra que las respiraciones en plena actividad muscular (sobre todo de los miembros inferiores) producen la exaltación de la respiración interna de los tejidos, la sola interesante a buscar.»

La actitud sueca no indica por sí sola un gran desarrollo torácico, pues, como hace notar Demeny, basta hacer un desplazamiento del tórax para obtenerla, siendo el sujeto el mismo, y, por lo tanto, no es canon seguro de desarrollo. Claro

es que cuando ese desplazamiento no es accidental o momentáneo, sino **permanente**, indica, por lo menos, una forma correcta de colocación de la caja torácica, y Heckel, aunque cierto, creemos que, aun en el caso de ser el sujeto débil, más vale el que haya un predominio de dorsales que no de pectorales. Luego la tendencia es



Celta de Vigo, que ganó al Sporting de Gijón en partido de desempate, y vencedor en los cuartos de final de la Real de San Sebastián.

(Foto. E. Ruiz)

este hecho solo, si seguimos o aplicamos a este caso los estudios de Emerson, es beneficioso.

La actitud estirada sueca basta para obtenerla el que los músculos dorsales presenten una supremacía de desarrollo sobre los otros del tronco, aunque el sujeto no sea fuerte; pero este parecer del doctor

bueno; pero en la práctica puede darse el caso de que no haga todas las maravillas que las teorías pretenden.

Las teóricas que no han practicado ningún ejercicio físico y que desconocen el método sueco, hasta el extremo de hacerlo sinónimo de gimnasia sin aparatos, dicen que el método sueco es el más difundido,



Momento que el jugador Samitier resultó herido por Quesada. Dándole masaje.

(Foto Ruiz)

y eso no es cierto, pues ni aun en Suecia, fuera de la escuela y el ejército, se practica tanto como dicen, pues, según el doctor Heckel, «una veintena de Sociedades, con 1.500 gimnastas, he aquí el balance de la difusión en Suecia, o sea un gimnasta por cada tres mil trescientos treinta y tres habitantes, cuando en Alemania, un habitante por noventa y tres practica el método de Jahú», concluyendo que «si es

por los resultados de su generalización por lo que es preciso juzgar un método, el sueco no sabría aspirar al primer lugar».

Curiosas son también las estadísticas que cita el doctor Roubert sobre los escolares suecos.

Además, el método sueco tiene un defecto capital, que es fastidioso hasta para los mismos suecos.

Eduardo de los Reyes Sanz.

Embrocación «HÉRCULES»

PARA DEPORTISTAS

Tónica :: Vigorizadora :: Mata el dolor

Juan Martín.-Alcalá, 9

Durán. — Tetuán, 3

MADRID

Semana cinematográfica

«LAS BARRACAS».—Esta zarzuela, que se estrenó en Valencia hace muchos años con el título de «Les barraques», ha sido acertadamente rodada; y el paisaje levantino, desconocido casi para nosotros, da una nota simpática al ambiente de la película.

«LA SOBRINA DEL CURA».—Lo que tanto nos agradó como melodrama, no nos ha convencido como película. Tan sólo el magnífico efecto del panorama donde la acción se desarrolla nos hace ser benévolos. La «ciudad encantada» (alrededores de Cuenca) es verdaderamente maravillosa. En cuestión de paisajes, España figurará siempre en primera línea. ¡Qué lástima que no podamos decir lo mismo en cuanto a artistas cinematográficos se refiere!

«NOCHE DE RONDA».—Una genial creación de la admirable Raquel, la simpática fea. La obra—marchamo extranjero—está presentada a todo tren. ¿Qué ha-

cen los capitales españoles, que no ayudan con su esfuerzo material a las entidades nacionales, que se ven obligadas a hacer pinitos sin contar con elementos?

El resto de los programas, americano en su mayor parte, ha entretenido a la afición, hoy ya muy considerable, para desesperación de la desdichada Talía, que gime bajo el dolor de su impotencia.

Photodrama.

**INSIGNIAS
DEPORTIVAS**

M. GUISERIS

MONTERA, 41, MADRID

Consultorio de asuntos

matrimoniales

Jaime Torrubiano Ripoll

Catedrático de Derecho Matrimonial

Luna, 40



FABRICA DE SOMBREROS

Para señoras y niños

5, MARIANA PINEDA, 5

Apartado de Correos 12-111

MADRID

ESLAVA

Joyería de moda

Compra-venta, cambio, peritaje y tasación de toda clase de alhajas

oro, plata, platino y piedras preciosas

Clavel, 2.—MADRID

ELIXIR « PROGRESO » DE SIMARUBA COMPUESTO.—El más poderoso tónico que se conoce; de acción intensamente *aperitiva y reconstituyente*. Muy indicado para la *inapetencia*, casos de *convalecencia* y estados de *debilidad*. De asombrosos resultados en los *anémicos* y en los *tuberculosos*.—PILDORAS PURGANTES «PROGRESO». Remedio seguro y sin peligros del estreñimiento habitual. Cura la *cefalalgias congestivas*.—MIXTURA ANALGESICA «PROGRESO». Calma en el acto las *neuralgias* y *dolores* de todas clases, incluso el dolor de muelas.—SELLOS ANTIGRIPALES «PROGRESO». Curan la *gripe*, calman el dolor de cabeza, combaten con éxito todos los estados febriles.—NEISSEROL «PROGRESO». Preparación balsámica contra la *blenorragia*. Una sola caja cura en la generalidad de los casos. Exitos asombrosos. De venta en las mejores farmacias; en la de Gayoso, Arenal, 2 y en la del autor Conde-Duque, 22. Madrid.

Balneario de TRICTO (Lugo)

Aguas ferroginoso mangonesianas

Variedad arsenical

Especialmente indicadas en la anemia
y enfermedades propias de la mujer

TEMPORADA OFICIAL:

De 1.º de Julio a 20 de Septiembre

CASA FERNANDEZ

TEJIDOS

Novedades para señoras y niños

Colegiata, 20.--Esquina Toledo

MADRID

Sección especial por palabras.—De una a ocho **50** céntimos,
cada palabra más **10** céntimos

Aureo Blanco. Sastre. Especialidad en trajes de etiqueta. Infantas, 20.

Abono automóvil limouse gran lujo. Fort ny, 17.

Para conservar vista, cristales Punktal Zeiss, casa Dubosc, óptico. Arenal, 21.

¿Quiere su vista? Use cristales Punktal Zeiss, Casa Dubosc, óptico. Arenal, 21.

Contabilidad, clases particulares. D. Pedro, 8. Señor Pintado.

Cristalina evita empañado de cristales. Escurre agua en parabrasas. Venta en droguerías. Depósito: Galache, Atdo. 12.172.

Hijos de A. Deza. Bastones, paraguas y óptica. Primera casa en composturas. Carretas, 33. Casa fundada en 1850.

Rayos X. Reconocimientos, 5 pesetas. Reconocimientos y curación de enfermedades estómago. Radiografía. Corredera Baja, 5.

Comadronas

Comadrona de la maternidad últimos adelantos en partos. Madera, 16.

Partos, ex profesora Maternidad, consultas reservadas. Fernández de los Ríos, 26.

Partos, Josefina López, últimos adelantos. Pez, 19, segundo.

Análisis clínicos

Reacción Wasserman
para el diagnóstico de la sífilis

Análisis de la orina

Microbiología

Vacuna y sueros

Alcalá, 53, 2.º izq.

Ornamentación. — Arte decorativo. — Imitación — Arte antiguo y moderno. Salones de época y restauración de techos, parquetes y portadas. — Trabajos de imitación sobre madera, cristal, mármoles y esmaltes.

Antonio Castán Sevigné

Campoamor, 20

JUAN LAFORA

Antigüedades

Plaza de las Cortes, 4

MADRID

Laboratorio Hides

La sarna y enfermedades de la piel se curan con el ANTISARNICO HIDES

MIXTURA HIDES en cucharadas es buena base del tratamiento de la sífilis

Quemaduras del sol, aire, etc., se curan con LASSARAN

Lo mejor para la limpieza de la boca es el NIVOL

Pedir estos productos en todas las farmacias

Casa W A D E L

DE

Ernesto Wadel

Las moscas no resisten la acción del Líquido LIBER, que mata a millones por día. El litro, pesos 3,50, y el medio litro, pesos 2,25. Aparato vaporizador especial, 1,95. Polvo LIBER para matar moscas. La caja fuelle, 1,50.

Mate los mosquitos en pocos minutos, con el infalible Pistol Vareta LIBER. Su empleo es muy fácil e inofensivo para la salud. La caja de 200 barritas con soporte, pesos 2,90.

Mate las hormigas con el hormiguicida en polvo LIBER, que es rápido y seguro. Destruye cualquier hormiguero por rebelde que sea, librando a las quintas y a los jardines de tan gran enemigo. La caja, peso 1,50.

Mate las chinches con el Flúido LIBER, maravillosa preparación muy fácil de aplicar, que mata instantáneamente las chinches y los gérmenes dejados por éstas. Precio del tarro con pincel, pesos, 1,50.

918, Carlos Pellegrini, 918

Buenos Aires

Las fajas MARVEL

CON CIERRE AUTOMATICO EN VEZ DE CORDONES, convierten, como por encanto, la fina silueta de moda, a todas las personas que tienen el acierto de usarlas.

EN LAS REUNIONES SOCIALES son indispensables por la armonía que procura a la línea, de acuerdo a la moda actual.

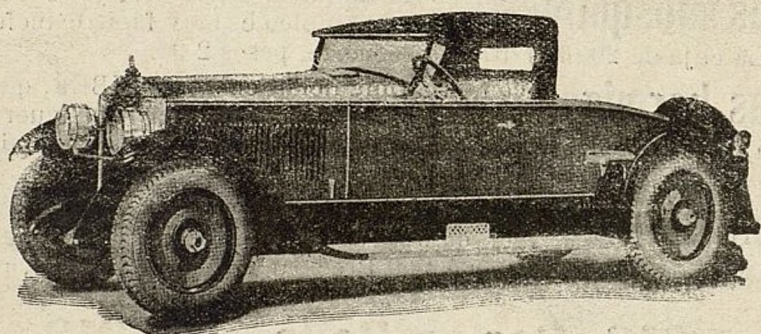
EN CUALQUIER SPORT, tienen la preferencia, porque su flexibilidad inimitable facilita toda clase de movimientos, conservando la figura siempre correcta.

LAS FAJAS «MARVEL» son hechas especialmente sobre medida para cada interesada, y siempre resultan tan perfectas que no son notadas por quienes las usan cualquiera que sea la posición que adopten.

Pida un catálogo

Casa MARVEL

C. Pellegrini, 369.--BUENOS AIRES



EL ROADSTER MOON

3-5 asientos, 6 cilindros

El coche más elegante y práctico
de los Estados Unidos

E. PEZZI. Almirante, 1.

MADRID

GRÁFICA «AMBOS MUNDOS» Tamayo, 7.—MADRID.